res, y que haya merecido por eso que copiase muchas páginas de él el Sr. García en apoyo de su tesis; no, la gratitud imperecedera se debe al que en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y en la *Historia de las Indias*, dejó al autor del *Carácter de la Conquista española en América,* la mayor suma de informaciones, como diría hoy un repórter. A Don Fray Bartolomé de las Casas, autor de esas obras, y sobre todo por la segunda, corresponde todo honor, porque en opinión del Sr. García *ninguna otra tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América.* Si esto fuera rigurosamente exacto, el autor á quien refutamos podía muy bien haber limitado su tarea á reimprimir la *Historia de las Indias,* poniéndole como prólogo el mismo que aparece en el *Carácter* y como epílogo el capítulo intitulado: «Resultados de la Conquista.»

Tamaña injusticia demanda una reparación. Para obtenerla, llevemos al Sr. García al *terreno* de la historia.

Las Casas y Motolinia son dos personalidades dignas ambas de inmortal memoria, aunque completamente dispares. De la primera no necesitamos hacer extenso panegírico; ya el Sr. García agotó los epítetos del léxico español, en loor del defensor de los indios, y hasta le llamó *irreparable* (pág. 7) cuando de su pérdida podría decirse, mas no del sujeto. De la segunda personalidad, es decir, de la de Motolinia, tan impíamente ultrajada, sí es necesario hacer meritísimo recuerdo, vindicación debida.

Fray Toribio de Benavente vino á Anáhuac antes que Fray Bartolomé de las Casas, formando parte de aquella *Custodia* presidida por Fray Martín Valencia y de la cual uno de los más grandes pensadores de nuestra época ha dicho: «trece frailes, un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor; hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles; los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos. El indio fué hijo suyo desde aquel instante; la consagración al estudio de las lenguas fué la ocupación principal de los frailes, etc., etc.»

Fray Toribio fué, lo repetimos, uno de esos apóstoles, y su obra fué *más práctica,* dados los días en que á ella se consagró por modo absoluto, que la obra de Don Fray Bartolomé de las Casas, toda vez que las penalidades del misionero en el siglo XVI, sufridas en bien de los indios, significaban más entonces, que cruzar siete

veces el océano, como Las Casas lo hizo para no ser escuchado sino por la posteridad, y escribir dos libros llenos de invectivas y recriminaciones. Seguramente por eso los indios amaron y reverenciaron á Fray Toribio, le demostraron gratitud mientras vivió y le lloraron después de muerto. Los indios fueron los que al verle con el hábito raído le dijeron *Motolinia,* es decir, *pobreza,* y como esa voz nahuatl traducía sus votos, *Motolinia* quiso llamarse, y con ese nombre ha llegado hasta nosotros. Las Casas debió al soberano español el título de *Defensor de los indios,* como le debió la mitra de Chiapas. A Motolinia le titularon los indios, y el soberano español no ciñó con una mitra la frente del *pobre* misionero!

Sucede al Sr. García con el P. Las Casas, lo que á los lectores que sólo tienen un autor predilecto; lo que á los amantes con su primera novia: fuera del uno ó de la otra, no ven jamás cualidades supremas: no hay talento, no hay verdad, no hay belleza, no hay virtud, posibles. Lea el Sr. García lo que D. Fernando Ramírez y lo que Icazbalceta han escrito acerca de Motolinia, y comprenderá cuán injusto ha sido al calificarle de *fraile procaz.*

Las Casas y Motolinia perseguían un mismo fin; solamente que, para alcanzarlo, empleaban distintos procedimientos: el uno, creía que las mayores vehemencias eran pocas, tratándose de defender á los indígenas; el otro, juzgaba necesarias la moderación y la templanza para no irritar á los conquistadores, si se deseaba, en bien de aquellos, dominar la fiereza de éstos. Esa moderación ponía fuera de sí á Las Casas; aquellas exaltaciones eran propias en concepto de Motolinia para agravar los padecimientos en vez de curarlos. De ahí el inevitable choque. Tercos ambos, persistían en sus medios de acción y se acriminaban recíprocamente, pues hombres eran, y aunque seres superiores desde otros puntos de vista, vulgares en las luchas del amor propio: *Inde iræ.*

Lea el Sr. García con detenimiento el admirable trabajo de D. Fernando Ramírez, autor nada sospechoso para él,—ó sean las *Noticias de la vida y escritos de Fray Toribio de Matolinia,*—y verá en éste «al misionero infatigable, al caritativo y animoso defensor de las razas conquistadas, al ardiente propagador de la civilización cristiana,» verá que él fué el *último* de los doce misioneros, que pagó tributo á la tierra que había fecundado con su doctrina, edificado con su virtud, é ilustrado con sus apostólicos afanes, tan dilatados como útiles y meritorios, y verá por último que Motolinia, considerado en otro teatro, no menos interesante para la civilización que para su propia gloria,—en el de las letras,— «ocupa y ocu-

pará siempre un lugar distinguido, como fuente abundante y pura de las tradiciones primitivas de la civilización cristiana, y de otras muchas, preciosas, de la historia antigua del país.» En ese estudio del Sr. Ramírez, que puede colocarse junto á los mejores de su género, debidos á plumas que el universo todo ensalza y admira, D. Genaro García hallará cuanto ha menester para borrar la despectiva frase que empleó irreflexivamente, de que Motolinia era un *fraile procaz*, y todo esto lo hallará el Sr. García mezclado con elogios de altísimo precio al R. P. Don Fray Bartolomé de las Casas, á quien nadie pretende arrebatar su merecida gloria, ni disminuir en un ápice los indubitables merecimientos.

Si me he permitido recomendar al Sr. García que abarque en un estudio serio y profundo la personalidad entera de Motolinia, es porque creo, con un gran escritor, que no se aman los detalles, los fragmentos de verdades y de cosas; que para conocer éstas y amarlas, es necesario verlas enteras, vivas, en el enlace ordinario con toda la realidad, y esto sólo se consigue á partir de una idea unitaria, un concepto del mundo, mejor: una visión, una intuición, una creencia.

Esa visión, esa intuición, esa creencia, se echan de menos en el *Carácter de la Conquista española en América,* porque su autor ha amado los detalles, los fragmentos de la historia de la Conquista, como al referirse á Motolinia le ha condenado tan sólo porque no compartió los ideales y procedimientos de Las Casas y con él luchó como ninguno.

Por lo que á mí respecta, no he querido ni con mucho establecer un paralelo entre ambos contrincantes; porque, fundándome en autoridad grave y sesuda, creo que el sistema de comparaciones es malo cuando se convierte en parangón, y yo no quisiera caer en el defecto de echar luz sobre lo que prefiero, á costa de acumular sombras en otra parte; deficiencia crítica muy generalizada, que siempre evito, siguiendo las doctrinas de los maestros en el arte de escribir vidas é historias.

Restablecer la verdad en lo que á Motolinia atañe, juzguélo no solamente justo sino oportuno; porque mejor testimonio no cabe para demostrar que el Sr. García se deja arrebatar por la pasión al formular sus sentencias, que el testimonio que proporciona la breve frase en que condena á un defensor de los indígenas, tan ilustre como lo es Motolinia. Y pues se trata de vindicaciones, hay otra que también nos solicita: la de la memoria de Bernal Díaz del Castillo.

Tan grande es la inquina del Sr. García contra los conquistadores del siglo XVI, que cuando á alguno de ellos no puede denigrarle se conforma con callar sus mejores títulos, con desdeñarle. Vemos así que á pesar de ser historiador primitivo de los más frecuentemente citados por el Sr. García, como autoridad, en la Tabla bibliográfica se limitó á unas cuantas líneas biográficas en las cuales cuidó de suprimir el menor elogio.

Si D. Genaro García hubiere querido ser justiciero, poco ó ningún trabajo le habría costado extractar algunas frases de las que D. Luis González Obregón dejó estampadas en uno de sus mejores libros, que se intitula así: *El capitán Bernal Díaz del Castillo, Conquistador y Cronista de Nueva España.*

Como el Sr. García tiene, y con razón, formado el mejor concepto de los trabajos históricos del autor de *México Viejo,* elogios desapasionados del Sr. González Obregón á Bernal Díaz del Castillo serán los que recordemos en este lugar.

Famoso capitán é inimitable cronista, hijo de familia distinguida, que desde muy joven se lanzó á la azarosa existencia de aventurero y conquistador, impulsado por el espíritu que animaba á sus coetáneos, por ardor caballeresco ó por afán de lograr fortuna; con debilidades que deben disculpársele por ser comunes á todos sus contemporáneos, ese fué Bernal Díaz del Castillo, al decir del Sr. González Obregón. De su única obra histórica, afirma que es una inestimable crónica que á pesar de todos sus defectos de estilo y de fondo *es el documento más auténtico y veraz que tenemos, junto con las Cartas de Hernán Cortés* para escribir la historia de la conquista, porque Bernal Díaz en su obra, ruda pero pintoresca, nos transporta á aquellos tiempos; presenciamos con él todos los sucesos; conocemos con sus retratos, faltos de arte, mas llenos de vida y de colorido, á todos los *héroes*, á todos los conquistadores, desde el último soldado hasta el audaz conquistador, jefe de la atrevida empresa; que esa obra nunca se cansa uno de leerla y de consultarla; que en ella se refleja el hombre, rudo y franco, y el verdadero cronista, desaliñado, pero sincero.

¿Por qué escribió Bernal Díaz su crónica? El Sr. González Obregón nos lo dice: «Preñada su mente de recuerdos, sintiendo el dolor de sus heridas, más en el alma que en el cuerpo, por la ingratitud que había olvidado sus hazañas; más con el objeto de presentar á la posteridad los GLORIOSOS HECHOS DE SUS COMPAÑEROS DE ARMAS, que los suyos propios, aunque sin callar éstos, y en fin, con el noble deseo de rectificar errores de mal informados cronistas,

empuñó la pluma como antes la espada, para legarnos ese libro inimitable, mezcla de memorias personales, con hechos extraños, embrión de historia, pero crónica sincera, verídica, pletórica de datos y episodios, rica en anécdotas, no pobre en reflexiones atinadas, severa en juicios, y aunque burda y desaliñada en la forma, de amena y deleitosa lectura.»

Díganos con lealtad el Sr. García si después de leer el libro del Sr. González Obregón sobre Bernal Díaz y su obra, queda en pie la afirmación de que ninguna otra, después de la de Fray Bartolomé de las Casas, tiene más autoridad respecto de Colón y de los primeros años de la dominación española en América, y díganos á su vez el Sr. González Obregón cuándo fué justiciero: si al tejer hace ocho años la corona magnífica de laurel para el conquistador cronista, ó recientemente al medir con el mismo rasero á todos los conquistadores de México, llamándoles escapados de presidio y de la peor ralea, juicio que no se conforma con el reconocimiento de que hubo héroes inspirados por ardor caballeresco, que realizaron hechos gloriosos, y cuyas debilidades deben disculparse por haber sido comunes á todos sus contemporáneos.

Hay otro cargo que formular. El Sr. García pretende aparecer como el primero y el único que se ha atrevido á presentar en toda su horrible desnudez la imagen de los conquistadores de América. «Preciso es,—dice en el prólogo de su obra,—que alguna voz, siquiera sea en las postrimerías del siglo XIX, rinda tributo á la verdad y á la justicia, al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los infortunados indígenas de América.»

Cualquiera, al escuchar estas palabras creería que, nuevo Las Casas, es el Sr. García el historiador justiciero por excelencia, el solo paladín de la verdad, el único valiente acusador de los conquistadores. Y no es exacto, y si no conociera yo la modestia del autor del *Carácter de la Conquista española en América,* diría que sus palabras poco ha transcritas son un signo de presunción y de soberbia, y que con refinada malicia calla los nombres de muchos y muy imparciales historiadores que le han precedido. Porque aparte de que las mismas autoridades en las que cree encontrar apoyo y documentación para la tesis que sustenta, es decir, los historiadores primitivos, españoles con ligerísimas excepciones, prueban que otros han amado también la verdad y han revelado humanitarios sentimientos y viril entereza para no enmudecer cuando era peligroso oponerse á las corrientes de la opinión; aparte de esas

autoridades, digo, están otras modernísimas, españolas y americanas, bien conocidas del Sr. García, aunque, á lo que parece, no estimadas ni respetables para él.

Podría yo aducir aquí para fundar mejor esta observación, innumerables testimonios ó recordar sencillamente los títulos de las obras á que aludo; pero no es necesario, porque como he dicho las conoce y posee el Sr. García, y porque esa noticia bibliográfica daría desmesuradas proporciones á esta disertación. Bastará á mi intento un solo nombre, el del más egregio de nuestros modernos historiadores, D. Manuel Orozco y Berra; sin que me retraiga de hacerlo el pobrísimo concepto en que tiene tal nombre el Sr. García.

Digo esto, no por mera suposición, sino en vista del desdén olímpico con que de la magna y monumental *Historia antigua y de la conquista de México,* se expresa el Sr. García en la TABLA BIBLIOGRÁFICA de los autores y ediciones que citó en su obra, cuando al llegar al Sr. Orozco y Berra, dice que su Historia *está minuciosamente documentada,* y que *el autor ha sido uno de nuestros historiadores que más se han distinguido por su constante labor.* ¿Nada más que esto? ¿En tan incoloras frases está contenido el juicio que le merece una de las más puras glorias mexicanas? Pues qué—y sin pretender yo rebajar los meritísimos trabajos de otros autores—¿cabe calificar así la producción histórica más extensa, más documentada, más filosófica y más desapasionada que se ha debido á autor nacional, cuando se llama el más eminente de nuestros bibliófilos é historiadores á D. Fernando Ramírez, y se dice no sin razón que sus notas y esclarecimientos á la Historia de Prescott, aventajan frecuentemente, en erudición y crítica, á la obra anotada?

Séame concedido volver por los fueros de la verdad y de la justicia tan inicuamente violados por el Sr. García con dos rasgos de su pluma.

Principiaré por ponerme bajo la egida de un autor nada sospechoso para el del *Carácter de la conquista española en América:*

«Orozco y Berra—dice D. Alfredo Chavero en la Introducción á la *Historia antigua de México,* publicada hace pocos años, pero con posterioridad á la que trato de defender—Orozco y Berra, amigo, discípulo podemos decir del Sr. Ramírez, se inspiró en sus ideas y en sus enseñanzas, y aprovechando la rica biblioteca de aquél, cuando pasó á nuestra propiedad, realizó al fin el deseado proyecto de escribir la verdadera historia antigua de México. Fruto de estudios *de toda la vida* y de más de quince años de incesantes trabajos, su obra ES UN VERDADERO MONUMENTO. No hubo cró-

nica que no estudiase el Sr. Orozco ni manuscrito que no conociese, ni jeroglífico ni monumento que no interpretase. Escritor de conciencia ante todo, tenía temor á las innovaciones y apoyaba todos sus dichos en el monumento, pintura ó escritor citados. Así, su obra vino á ser, como ha dicho el Sr. Icazbalceta, la crónica de las crónicas. Nada se sabe que en ella no exista, y todo tiene allí su verdadero carácter nacional, despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema.»

En 1879, años antes de que el Sr. Chavero se expresara con tan merecido encomio del Sr. Orozco y Berra, había yo vertido, viviendo éste, conceptos muy semejantes en un folleto escrito y publicado con el fin de que no resultasen estériles las gestiones encaminadas á obtener del Gobierno que costeara la publicación de la *Historia antigua y de la Conquista de México*. Voy á reproducir algunos de los pasajes de ese folleto, á riesgo de que se me censure porque me repito—feo pecado en un escritor.—Pero tal reproducción es pertinente ahora, porque ella, mejor que nuevas lucubraciones, demostrará que no de hoy ni por contraponerlo al Sr. García, venero el nombre del modesto historiador, y que no de hoy aplaudo á los que, como él, saben hacer entera justicia y saben rendir culto á la verdad.

«Es Orozco y Berra, decía yo, pues, en 1879, por los vastos y profundos conocimientos que de la historia patria posee, lo que puede llamarse con toda propiedad un mexicanista insigne. La mayor parte de sus años la ha empleado en el estudio de lo que á la historia de México atañe, y sin temor de equivocarnos, diremos que ninguno como él ha llegado á adquirir tan gran suma de erudición en la materia.

«No hay historia, crónica, relación ni manuscrito que él no hubiese leído y vuelto á leer muchas veces con inaudito interés, ni antiguo jeroglífico en cuya descifración no hubiese puesto vivísimo empeño. Dotado de claro talento, de juicio recto y reposado y de gran memoria, sus investigaciones son siempre útiles. No aventura hipótesis sin fundamento ni se deja arrebatar, como sucedía con frecuencia al célebre americanista Brasseur de Bourbourg, por el entusiasmo que conduce muchas veces á traspasar los límites de lo probable y á entrar al mundo de las ilusiones, que la ciencia se encarga después de desvanecer. Cuando Orozco y Berra afirma alguna idea, puede asegurarse que ella descansa en algún documento digno de crédito y que se había escapado á los más diligentes.»

A seguida enumeré todas y cada una de sus obras, sus eruditísimas disertaciones, y consigné cuantos datos han servido después de su muerte para enaltecer su personalidad, para conocer su inmensa labor, tan estimada por los sabios de ambos mundos, como hoy menospreciada por el Sr. García, y por último, resumí en los siguientes párrafos el juicio que ya había formado de la última de sus obras, inédita todavía, pero de la cual había yo leído los manuscritos merced á la inagotable bondad con que el sabio autor se dignaba honrarme:

«Tocan á su término estas noticias biográficas que habrá de ampliar más tarde persona más competente que nosotros; pero antes, creemos útil y aun indispensable hablar de la obra última de Orozco y Berra; obra que es un verdadero monumento literario que perpetuará la fama de su autor.

«Intitúlase "Historia antigua de México," y está dividida en cuatro partes: 1ª Civilización. 2ª El hombre primitivo. 3ª Historia antigua; y 4ª Conquista.

«Fruto es esta obra de largos años de investigaciones y profundo estudio, concéntranse en ella, por decirlo así, el tesoro de ciencia acumulado por su autor en los mejores días de su vida. ¿Por qué, se nos dirá acaso, por qué existiendo al presente numerosos libros en que se pueden estudiar las materias que abraza la última producción de Orozco y Berra, éste no acometió otra empresa cuya originalidad fuese el primer aliciente para desear conocerla? ¿Vino á revelar sucesos no comprendidos en los escritos de sus antecesores? ¿Pretendió hacer la luz en el caos de la historia mexicana, porque se sentía superior á los que le precedieron? No: el sabio mexicanista, lo hemos dicho ya, es más que modesto, humilde, y aunque pudo gloriarse de haber dado cima á una tarea de aquellas que sólo acometen los hombres superiores, carece de toda pretensión. En el plan de su "Historia antigua" consiste lo original del trabajo; en el feliz desenvolvimiento de ese plan estriba su mérito sobresaliente.

«Hasta hoy, cuanto se ha escrito sobre los orígenes de la sociedad en que vivimos, adolece del gravísimo defecto de considerar los hechos desde un solo punto de vista. Unos á otros han venido los autores copiándose, permítasenos decirlo de este modo, y de aquí ha resultado que, aunque no escasean los libros que de nuestrs historia antigua tratan, encamínanse con mayor ó menor sinceridad á un solo punto, á pregonar la grandeza de los conquistadores, su heroico brío y las ventajas de la nueva civilización por ellos im-

plantada, atenuando, si es que los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez la verdad histórica cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

«Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna, y, escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquel.

«El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de México, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliófilos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años, en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

«Brillantísima y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruído por las armas castellanas.

«Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra, era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

«Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de

Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de México, nos ahorra aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones, con relación á la tercera parte del libro.

«La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquellos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones, y si pudiera decirse que alguna parte de su "Historia" es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada es así; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.»

Así juzgaba yo, hace veintidós años, la labor histórica de Orozco y Berra. Pues bien, lejos de que las flamantes disquisiciones posteriores á las suyas, hayan venido á modificar ese concepto, á desvirtuar los elogios que entonces le consagré, ni á apagar mis aplausos, creo, hoy mismo, que ese concepto es equitativo, que no son inmerecidos esos elogios, que es debido hacer resonar una vez más y siempre esos aplausos. Porque la *crónica de las crónicas,* que dijera Icazbalceta, es y perdurará siendo, el acervo y la fuente inexhausta en que historiadores y filósofos sociólogos saciarán el hambre y la sed de conocimientos que los devore, puesto que Orozco y Berra es á manera de sapientísimo geólogo que ha explorado las cumbres y los abismos, los valles deleitosos y las obscuras entrañas de nuestra historia, para señalar á los que pretendan explotar aureos tesoros en dónde están los filones del codiciado metal y en dónde sólo se encuentra el de baja ley.

Todo lo analizó científicamente; y con el catálogo por él formado, con esa especie de inventario de nuestras riquezas históricas, es decir, con las citaciones bibliográficas, con los nombres de los autores por él estudiados, el gran mexicanista trazó un sendero libre de asperezas y obstáculos á los que más tarde habían de ir en busca de documentos y autoridades.

Tanto es así, que si se exceptúan unas cuantas publicaciones hechas posteriormente á los años en que Orozco y Berra desempeñó su pacientísima labor, no hay escritor primitivo ni autor contemporáneo de los que figuran en la *Tabla bibliográfica* del Sr. García que no hubiese pasado antes por el crisol del criterio de Orozco